

cia, llegué al Havre, donde me embarqué rumbo á México.

Extraño había sido mi destino, pues me había permitido contemplar, después de vivir día á día con el Emperador, la locura de la Emperatriz, volver á mi patria y presenciar el derrumbe del Imperio, y por último asistir á los honores póstumos tributados en su tierra natal al que fué Emperador de México.

Han pasado de entonces acá treinta y ocho años, y hoy al evocar mis recuerdos los encuentro tan frescos como si todo cuanto acabo de relatar hubiera acontecido ayer.

Al escribir estas páginas, lo he hecho sin pretensiones de historiador, ni de literato, únicamente con el deseo de que sea más conocida esa personalidad histórica, que tantos han tratado de denigrar.

He escrito mis recuerdos sin parcialidad alguna, sin pasión y sin rencores.

En mi narración he querido también obtener que el público pueda sentir alguna simpatía por aquel personaje, que si como gobernante pudo cometer grandes errores, como hombre, poseía el más noble, leal y gran corazón que pudiera existir.

México, Junio-Octubre 1904.

APÉNDICE

LA TRAICIÓN

I

El general Márquez. — Su salida de Querétaro. — Lleva de México las mejores tropas en auxilio de Puebla. — Es derrotado en San Lorenzo. — Pérdida de la capital.

Al acabar de escribir mi libro *Maximiliano íntimo*, en el que me he limitado á decir cuanto presencié y cuanto vi, sin meterme á investigar cuáles fueron las causas determinantes de la caída del Imperio, casi me había decidido á no tocar punto tan escabroso y tan delicado como es el que constituye este apéndice; pero de algún tiempo á esta parte, ha vuelto esa cuestión de los traidores á removerse de tal manera, que no puedo menos de dar mi humilde opinión sobre los jefes Don Leonardo Márquez y don Miguel López, y sobre la parte de respon-

sabilidad tan enorme que les corresponde en la pérdida de la causa á que servían.



General Leonardo Márquez.

Respecto al general Márquez, las citas siguientes, tomadas de autores de distintos credos políticos son más elocuentes que cualquiera otra prueba.

El escritor liberal Don Hilarión Frias y Soto, que presenció gran parte de los acontecimientos del Imperio, dice en su obra titulada *México, Francia y Maximiliano*:

« En la madrugada del 23 de marzo de 1867, salió Márquez de Querétaro por el cerro del Cimatarío, único punto que no había sido ocupado aún por los liberales, llevando consigo el 5.º escuadrón de lanceros y los dos cuerpos de caballería de Quiroga. Este y Vidaurri lo acompañaban.

Iba á México en pos de recursos y hombres para venir á auxiliar al Soberano.

El día 29 salió Márquez de México llevando consigo las mejores tropas del Imperio que había en la ciudad, agregando á ellas las guarniciones de los pueblos inmediatos, los austriacos, los húsares rojos, los gendarmes y la contraguerrilla francesa.

Después de la derrota de Márquez se contó que solo llevaba cinco mil hombres, pero antes, dos periódicos de la capital, al anunciar la expedición, daban á aquella división diez mil hombres, dos baterías rayadas y una de montaña.

Sea lo que fuere, las tropas eran brillantes, y si con ellas se hubiera dirigido Márquez á Querétaro, habría cambiado mucho la situación de Maximiliano. El plan de campaña pretestado por el Lugar-teniente del Imperio de salvar á Puebla y á la capital es una excusa *estúpidamente* estratégica. Si las fuerzas del general Díaz eran superiores, Márquez no debió marchar á su encuentro porque era segura su derrota, mientras que unido en Querétaro con

los sitiados se formaba un cuerpo de ejército respetable. Si tal hubiera hecho, debió presentarse frente á la ciudad cuando obtenía Miramón el triunfo del 27 de abril.

¿Que importaba además la capital?

En los gobiernos personales el soberano es lo primero, y el lugar adonde él reside es la verdadera capital del Imperio. Afortunadamente Márquez no pensaba así y fué á estrellarse contra el ejército de Oriente.

Derrotado Márquez en San Lorenzo entra á México fugitivo y cuando la desmoralización de la plaza fué terrible; Márquez, dice el antes citado escritor, que tanto inculpa á Arellano el que éste se haya escondido en Querétaro, fúgándose por las azoteas, mientras *el Soberano se entregaba prisionero con tanta dignidad*; Márquez á su vez, se escondía empolvando los bordados de su uniforme y sus cruces y medallas, mientras que los altos empleados del orden civil, los ministros, sub-secretarios y consejeros, permanecían en sus puestos. »

Paul Gaulot, en su obra *Fin de Imperio*, dice :

« Márquez había evidentemente obedecido á un móvil personal al aconsejar á Maximiliano, como lo había hecho (dejar á Escobedo y á Corona unir sus tropas en lugar de balirlas separadamente como lo pedía Miramón). Ya se recordará el rumor que corría en México en el momento de su partida, rumor que el señor Dano había comunicado al mariscal y que designaba á Márquez como deseoso de regresar á la capital. No se engañaban. Algunos días habían transcurrido cuando el jefe del Estado mayor persuadió á su soberano que sería bueno ir á buscar refuerzos y para esto que él saldría de Querétaro antes de que el cerco de

la plaza fuese más estrecho. Maximiliano, ciegamente confiado, acordó á Márquez el permiso que solicitaba. Hizo más, le dejó llevar consigo 1200 jinetes, de los mejores que se encontraban en el ejército. Era poco si se necesitaba abrirse paso por la fuerza, era mucho para una simple escolta.

Márquez y sus 1.200 hombres de caballería pasaron al través de las líneas enemigas. Ni los unos ni los otros debían volver. »

El doctor Basch, en su obra *Maximiliano en México*, dice :

« En la noche del 23 entregué á Márquez las cartas para México. Cuando entré en su cuarto estaba absorto en una profunda distracción y se turbó extraordinariamente al saber que le traía yo las cartas del Emperador. Á aquella hora su misión era todavía un secreto y aun cuando yo lo conocía, me estaba prohibido por el Emperador que dejara conocer al general que él mismo sería el portador de esas cartas. Se las entregué suplicándole las expidiera por el próximo correo.

Este espanto de Márquez, al que entonces no dí yo importancia alguna, se representó á mi memoria cuando la conducta del general le hizo sospechoso y quedó para mí como un enigma fisiológico. Pensaba tal vez en su futura traición y temía ser adivinado. »

El general Don Leonardo Márquez, en su libro titulado *El Imperio y los Imperiales*, dice : « que las órdenes verbales dadas por el Emperador tenían por objeto conservar la capital y no ir á Querétaro con la guarnición de ella. » ¿ Por qué razón entonces el Emperador contaba

día por día, los que el referido Márquez podía tardar en llegar á Querétaro con los auxilios, que tanto allí se necesitaban ?

¿ No hubiera sido preferible, que en lugar de sacar de México las mejores tropas para ir á Puebla, plaza sitiada por el general Díaz, corriese con ellas á Querétaro donde las mismas fuerzas sitiadoras, según nos referían después los oficiales republicanos que cayeron en nuestro poder prisioneros, temían llegara Márquez á atacarlos por la espalda á la vez que saliendo de la plaza las fuerzas sitiadas los atacaran por el frente ?

Era de esperarse que los imperialistas al triunfar dejarían Querétaro y se dirigirían á la capital.

Los diarios de México, al anunciar la salida del general Márquez, decían que llevaba una división de diez mil hombres, y al ser ésta derrotada en San Lorenzo, dijeron que solo había sido de cinco mil. De una ú otra manera, si esta división va en auxilio de Querétaro, no hay duda que habría cambiado notablemente la situación.

Entre estas fuerzas marchaban la infantería y la caballería austriacas, á las órdenes de sus valientes jefes Hammerstein, Wickenbourg, Kodolich y Kevenhüller, quienes se habrían batido al lado de tantos otros valientes mexicanos, que bastantes pruebas dieron en Querétaro de su bravura y de su inteligencia ante las miradas del Soberano.

El pliego cerrado que el general recibió del Empera-

dor, y que no debía aquél abrir sino en el caso de prisión ó muerte de Maximiliano, en nada se refiere á que Márquez fuera ó no á Querétaro, pues solo contenía las disposiciones del Emperador, expuesto como estaba á morir de un momento á otro, entre las balas republicanas; pero dicho pliego, de ninguna manera autorizaba á Márquez para decir que por su contenido estaba en el caso de obrar separadamente y según su propio criterio, desde antes de que Maximiliano cayera prisionero.

Viendo que pasaba el tiempo y que cada día era más angustiada y más desesperada la situación de los sitiados, todo el afán del Emperador era apremiar á Márquez para acelerar su venida á Querétaro, y todos los correos que se enviaban no tenían más objeto; pero, como ya dije, todos nuestros correos eran fusilados y colgados al día siguiente frente á nuestras trincheras.

Cayó por fin Querétaro en poder de los sitiadores, y entonces supimos la desastrosa expedición de Márquez á Puebla, su derrota en San Lorenzo, su fuga del campo de batalla, y por fin que había ido á encerrarse á la capital, que también sitiaban los liberales, y cuando el barón de Lago visitó al Emperador, muy ciertas fueron aquellas palabras que el Soberano repitió después á varios de los que lo acompañamos en la prisión:

— « ¿ Ya ven ustedes la traición de López ? Pues no me causa tanto dolor como la de Márquez. »

Después de tantas disculpas como da Márquez en su obra para querer justificarse, y para vindicar lo extraño de su conducta, y que quedan completamente destruidas ante la realidad de los hechos, no hay duda que las palabras del señor Frias y Soto son de todo punto enteramente verídicas al decir que el plan de Márquez, de salvar á Puebla y á la capital, sólo era una excusa estúpida y estratégica.

¿Qué consiguió Márquez con su famoso plan?

Puebla se perdió, se perdió Querétaro, y con Querétaro el Imperio; y México sucumbió también.

Es cierto que Márquez supo ocultarse á tiempo para salvar su vida (según corre muy válido el rumor ayudado por Don Juan José Baz) y que apareció después viviendo tranquilamente en la Habana, mientras que el Emperador moría valientemente, pagando con su sangre sus errores, al lado de otros dos hombres tan leales, tan nobles y tan valientes como él, sus generales Miramón y Mejía.

II

El coronel Miguel López y la toma de Querétaro. — Opiniones de autorizados escritores. — La campaña vindicativa de 1887. — El documento apócrifo y los autógrafos de Maximiliano.

Si laboriosa es la tarea de hacer patente ante el público la traición del general Márquez, más laboriosa y más ardua es todavía la de comprobar cómo fué una traición de las más negras la entrega que el coronel Miguel López hizo de la plaza de Querétaro la noche del quince de mayo de 1867.

Y es más ardua y laboriosa esta última tarea, no porque falten las pruebas de la felonía de López, sino porque en 1887, estando á punto de morir el general Escobedo, en su hacienda de Chamacuero, fué entrevistado por Don Ángel Pola, y esta entrevista suscitó una polémica, que dió por resultado:

1º Un duelo entre los generales Rocha y Gayón, resultando herido este último;

2º Una riña callejera entre el Sr Pola y el Sr Agüeros.